

lesion alguna en medio de las cenizas, habiéndose quemado cuanto con él estaba. El Padre le recibió como de la mano de Dios con admiración de todos, y les dió á entender la estimación y respeto que debían tener á los libros de la Iglesia; pues el mismo fuego, que todo lo abrasa y consume, los respetaba con tan evidente milagro; y fué tal la veneración que en adelante tuvieron á las cosas sagradas, que tenían por gran pecado tocarlas, y en viendo las iglesias desde lejos, las reverenciaban de rodillas, y en particular adoraban con sumo temblor y devoción al Santísimo Sacramento del altar, el cual no se concedía sino á los muy aprovechados; y sucedió tal vez llenársele la boca de saliva á una india piadosa que había comulgado, y forzada á escupir alguna de ella, en viéndola en el suelo, contrita por lo que había hecho, arrodillarse, y con mucha veneración lamer con la lengua la saliva que había escupido, por haber comulgado aquel día; tal era el concepto que de este divinísimo Sacramento engendraba el P. Almeida en los corazones de los indios, confirmándole con los milagros que obraba.

Ultimamente llegó el Padre á la ciudad y colegio de S. Pablo con toda su compañía, como despojos que había sacado de la guerra y de la victoria que alcanzó del demonio y de la idolatría. Fué grande el aplauso que tuvo por ver tantos gentiles convertidos á la fe de Cristo y á los que se habían criado como fieras, mansos como corderos, humildes y obedientes á su mandato.

Repartiólos por las aldeas entre piadosos cristianos para que los enseñasen y domesticasen, como refiere Flavio que hacían los romanos, entretejiendo á los soldados bisoños y ménos ejercitados entre los diestros veteranos, para que aprendiesen de estos el valor de las peleas y cobrasen aliento con su ejemplo, para pelear hasta vencer á sus contrarios: el mismo ardid usó este diestro capitán de la milicia de Cristo con los soldados bisoños y recién bautizados, entretejiéndolos con los cristianos antiguos para que aprendiesen las costumbres de la Iglesia y se fortaleciesen en la fe.

El mismo Padre los juntaba, y enseñaba la doctrina cristiana, y cuidaba de sus cuerpos y sus almas, y era comun padre de todos, valiéndose después de ellos para traer otros muchos indios gentiles por su medio al conocimiento de Cristo, como veremos.

VI

Lo que obró en S. Pablo, y de otras misiones que hizo por este tiempo.

En este pueblo y colegio hizo alto este esforzado capitán de la milicia de Cristo, siendo su morador por espacio de treinta años, si bien discurría continuamente por la comarca á las aldeas de los indios con tan grande vigilan-

cia, que hacía poco pié en la ciudad; pero, el tiempo que en ella estaba, predicaba los más días á los portugueses, á los negros y á los indios; á todos enseñaba el camino del cielo y la doctrina cristiana. Visitaba las cárceles, hospitales y los enfermos en sus casas, confesándolos, consolándolos y dándoles pasto del cielo.

Salía lo más del tiempo á las aldeas de los indios á pié con un compañero, sustentándose de las yerbas y frutas del campo, durmiendo en el suelo y haciendo áspera penitencia por los mismos á quien predicaba: las noches gastaba en oración y los días en predicar á los indios, en curarlos, y confesarlos y sacramentarlos, y cuando morían, enterrarlos.

Edificó algunas iglesias en las aldeas y habitaciones para los de la Compañía que fuesen á enseñarlos; convirtió y bautizó muchos y andaba como un apóstol por toda aquella tierra, alumbrándola con su doctrina y edificándola con su ejemplo.

No le faltaron guerras que vencer con el demonio, porque una vez le echó de una puente abajo más de dos estados de alto, mas aunque se lastimó, no dejó la empresa á que iba, que era á confesar á un indio enfermo y cojo, y lastimado como estaba, prosiguió su camino por espacio de tres leguas á pié, dándole al fervor de su espíritu las fuerzas que la enfermedad le negaba: de este jaez tuvo otros muchos lances con el demonio, sin rendirse á ninguno, aunque padeció mucho en ellos, porque haciéndole el P. Almeida tan abierta guerra, bien se deja entender la que el demonio le haría para vengarse y defenderse.

Ocupado, pues, tan gloriosamente en el colegio y tierra de S. Pablo, le vino orden del Superior para ir con otro Padre compañero á una trabajosa misión, ciento y cincuenta leguas de allí, poblada de indios gentiles que llaman patos carijos, á diferencia de otros que se llaman serranos; viven en tierra fértil, pero muy montuosa, abundante de caza y pesca por las riberas de la mar que gozan. Hay mucho algodón y algunas minas de metales y de piedras preciosas; no son tan belicosos como otros, ni tan inclinados á comer carne humana; más fáciles en recibir el Evangelio, porque no adoraban ídolos ni reconocían otro Dios, mas que una excelencia superior á quien llamaban Tupan, y decían que tronaba y enviaba los rayos, y por eso le temían, pero no le adoraban ni ofrecían culto alguno. Eran dados á hechicerías, y por este camino los traía el demonio engañados.

A este ciego paganismo, poblado de inmensas almas, fué enviado el fervoroso obrero de Cristo, y, aunque con grande sentimiento de los habitantes de S. Pablo, partió á su misión llevando consigo algunos indios cristianos de los más ladinos y versados en la lengua.

Pasó por varias tierras evangelizando en todas partes, convirtiendo á unos y catequizando á otros, y enseñando en todas partes el camino de la bienaventuranza. Finalmente, despues de largo y trabajoso camino, parte por mar, parte por tierras fragosas infestadas de fieras, llegó á la de los patos, de quien fué bien recibido y agasajado con toda su compañía.

Quiso Dios probar su paciencia y su constancia con una grave enfermedad que le dió á él y á los indios que llevaba, de que llegó tan al cabo, que se vió á las puertas de la muerte, y viendo que se frustraban sus deseos, muy conforme con la voluntad de Dios, le ofreció su vida en holocausto, suplicándole que la recibiese, y enviase quien alumbrase á tantas almas como habia en aquella tierra ciegas en la sombra de la muerte. Su oracion fué oida de la divina bondad y luego le dió mejoría, y, enfermo como estaba, hacia que le trujesen á los indios enfermos, y olvidado de sí, los curaba y consolaba, dándoles esperanzas muy ciertas de su salud, la cual dió á todos la divina Majestad dentro de poco tiempo sin que peligrase alguno.

Luego que convalació, juntó á los indios naturales para predicarles el Evangelio y la ley santa de Cristo; levantó un altar y dijo Misa en presencia de todos con grandísima admiracion suya por no haber visto ni oido cosa semejante. Luego les declaró los misterios de nuestra santa fe, los que contenia la Misa y la necesidad del bautismo para ir al cielo: fué cosa admirable la prontitud con que recibieron al primero sermón la fe de Cristo, siendo los indios cristianos que llevó consigo como la levadura que sazonó toda esta masa.

Luego edificó una iglesia en sitio acomodado para todas las aldeas, y á la fama del predicador bajaron de las sierras enjambres de indios, hombres y mujeres cargados con sus hijos. El Padre los recibió á todos con mucho cariño, y los enseñó, y doctrinó, y alistó en el catálogo de los fieles por medio del santo bautismo, en número tan crecido, que no tiene número; porque de día y de noche estaba enseñando y bautizando á grandes y pequeños con inefable gozo de su espíritu, dando mil gracias á Dios por haberse dignado de traerle á aquella tierra y dádole ocasion de hacerle aquel servicio.

Trujo el tiempo limitado para la mision, y cualquiera plazo era corto para la grandeza de su espíritu: mas, como se cumpliese el tiempo señalado por la obediencia, trató de cumplirla y volver á su colegio, con gran dolor de su corazón, reconociendo la falta que habia de hacer á aquellas nuevas plantas del jardín de Cristo; mas, como humilde y religioso, antepuso la obediencia á su voluntad y juicio, y comenzó á disponer su partida.

Cuando la entendieron los hijos que habia reengendrado en Cristo, fué su clamor tan grande y el llanto tan universal, que á una voz dijeron que no

habian de permitirlo; y, para imposibilitar la jornada, retiraron todas las canoas y no pareció embarcacion en toda la ribera del mar, y á una se resolvieron todos de no le dejar ir, aunque les costase la vida.

El buen Padre se enterneció con las lágrimas de los indios, y quisiera dejar la jornada y quedarse con sus amados indios, y creo que si lo hiciera así, no fuera mal recibido de los Superiores, que no pueden prevenir á tan larga distancia todos los lances que se ofrecen en materias tan importantes, en las cuales es prudencia obrar como si los tuvieran presentes y lograr las ocasiones de ganar almas para el cielo; pero el obedientísimo Padre cerró los ojos á todo discurso humano, y dió corte para ejecutar su obediencia y no dejar desconsolados á sus hijos; este fué darles palabra de volver á asistirles, predicarles y enseñarles en viendo á sus Superiores; y, para mayor seguridad, enviaron seis indios de los más principales que fuesen con el Padre con nombre de embajadores de toda la tierra, á pedir al P. Provincial que en todo caso volviese á dar fin á la conversion comenzada, porque iba en ello la salvacion de toda aquella tierra.

Llegados á la presencia del P. Provincial, hicieron cumplidísimamente su embajada, pidiendo y ponderando cuánto importaba su vuelta, y el Superior los regaló, y acarició con mucho amor y caridad, y les ofreció volveria el P. Juan de Almeida á su tierra á cumplir su deseo, con que los envió contentos.

Esta palabra se cumplió dentro de un año, el cual se detuvo el apostólico Padre en predicar á los indios goaytacayes, que son de los más bárbaros, sangrientos é inhumanos que hay en todo el Brasil. Habitan una tierra tan deliciosa, que dicen los naturales que son los campos Elíseos que fingieron los gentiles, en que tienen abundantísimo pasto para sus vicios.

Traían guerra con los portugueses, que era sumo impedimento para recibir el bautismo; y el espíritu y destreza del P. Juan de Almeida los amansó y ganó las voluntades de manera, que hicieron muy firmes paces con ellos, y recibieron muchos el santo bautismo y se introdujo la predicacion del Evangelio en aquella tierra con admirable fruto, que fué una de las más gloriosas misiones que hizo este apostólico obrero de la viña de Cristo.

Habiendo, pues, dado glorioso fin á esta mision, partió con otro Padre profeso más antiguo y ménos versado en tratar á los indios, á quien llevó por Superior á la mision segunda que hizo á los patos, cumpliendo la palabra que les habia dado.

El gozo que tuvieron cuando vieron en su tierra á su amado Padre, bien se deja entender del entrañable amor que le tenian. Salieron de todas las aldeas á recibirle con flautas, danzas y tamboriles y con muchos presentes á usanza de la tierra. Hicieron con los Padres todas las demostraciones posi-

bles, las cuales pagaron con caricias, y pláticas, y doctrinas, á que acudían con igual aplauso y gusto.

El P. Almeida proseguía su predicacion y conversiones con el fervor que solía; pero su compañero y Superior tenía contrarios dictámenes acerca del trato y conversion de los indios, con que, no conviniéndose, era menor el fruto y mayor el desconsuelo que el P. Almeida padecía: que los misioneros son como el sol y la luna que, en teniendo oposicion, se eclipsan y causan no buenas sino malas influencias en los inferiores. S. Pablo y S. Bernabé tuvieron alguna oposicion en una mision á que Dios les envió, y tomaron por buen medio dividirse, caminando á diferentes tierras. Lo mismo hicieron nuestros dos misioneros; porque, viendo el P. Almeida la oposicion de su compañero y cuánto le impedía para el fruto, dió cuenta á los Superiores, y por su órden le dejó en la residencia de los patos y dió la vuelta al colegio de S. Pablo, adonde veremos lo que obró en el discurso de su vida.

VII

El porte de vida que entabló el siervo de Dios en esta residencia.

Aquí fué, como dijimos arriba, adonde gastó la mayor parte de su vida y adonde, cuando llegó de la mision referida, fué recibido con el regocijo y aplauso que se deja entender de quien tanto le estimaba y tantos y tan grandes beneficios habia recibido de su mano.

Luego vinieron á verle los indios de las aldeas, hijos espirituales suyos; y el bendito Padre, no sólo los recibió con todo amor y caridad, sino que fué en persona á verlos, predicarlos y consolarlos á sus aldeas.

Entabló sus sermones así en la ciudad como en la comarca, acudiendo á todos con admirable vigilancia, confirmando en la fe á los recién bautizados, bautizando otros de nuevo, curando y sacramentando á los enfermos y enterrando los difuntos, como lo tenia de costumbre, haciendo bien á todos y encaminándolos al cielo.

Pero no es justo sepultar en silencio el porte de vida que entabló para consigo mismo, á quien parece que vino á hacer mision á esta residencia: porque, en lugar de tomar algun alivio con los muchos años, quebrantado de tantas y tan trabajosas peregrinaciones; aumentó las penitencias, las humillaciones, vigiliias y devociones, como si entónces comenzara el noviciado de su religion; y, comenzando de su penitencia, no hubo parte en su cuerpo que no macerara con asperísimos cilicios y dolorosas cadenas. Para el cuerpo, de la cintura arriba, labró un saco asperísimo de cerdas de caballo que

traía ordinariamente, y pareciéndole vestido regalado, labró otro más áspero sembrado de cruces de hierro con puntas agudas que le traían como armado; y era tal, que probando á traerle despues de su muerte un religioso mortificado, no pudo sufrirle media hora: tal era su aspereza y el dolor que le causaba.

Para remudar estas armas labró otra como vestidura de cadenas de hierro, con que se ceñía de alto abajo lo más principal del cuerpo; para el cuello, los brazos y las piernas tenia particulares cilicios, unos de cerdas, otros de hierro, con que martirizaba su carne sin darle descanso un momento. Y cuando llegó á los setenta años, inventó nuevos cilicios que usó hasta los ochenta, y fué necesario moderarle por obediencia estas mortificaciones, porque no acabase con su vida.

Por el mismo tenor labró varios géneros de disciplinas con que martirizar su cuerpo, unas de alambre, otras de cadenas, otras de cuerdas de vihuelas y de nervios de toros, tan ásperas y terribles, que podían competir con las que usaban los tiranos para martirizar á los Santos. Cada dia tomaba una hasta derramar sangre, y muchos dias dos y tres, acompañando la oracion con la penitencia, para alcanzar de Dios lo que deseaba.

Las disciplinas y los lugares adonde las tomaba se hallaron bañados de sangre, y los indios certifican que, cuando andaba por sus aldeas, se retiraba á los bosques y á los montes, y allí se disciplinaba rigurosísimamente, con grandísimo espanto suyo por no haber visto jamas cosa semejante ni oídola decir de nadie, y más los admiraba ver despues los regajales de sangre que dejaba.

Todos estos instrumentos, así de los cilicios como de las disciplinas y las cruces y cadenas de hierro que usaba, se guardan hoy en nuestro colegio con grande veneracion, como de un Santo, y se muestran así para testimonio de su santidad, como para ejemplo de penitencia y mortificacion.

Los ayunos eran más que continuos, porque no comia sino tres veces cada semana, y esas muy parcamente y manjares groseros y ordinarios. El lunes ayunaba á pan y agua en honra de la Santísima Trinidad por las almas del Purgatorio; los mártres ayunaba de la misma manera en reverencia de S. Miguel, el ángel de su guarda, y los demas ángeles, porque le asitiesen y guardasen en vida y en muerte; el miércoles ayunaba con la comida ordinaria en reverencia del Espíritu Santo, de S. Ignacio nuestro Padre y de todos los santos, porque le diesen y alcanzasen el fuego de su divino amor y lo que deseaba de Dios; el juéves en reverencia del Santísimo Sacramento del altar, porque le diese gracia para ofrecerle y recibirle como debía; el viérnes y el sábado á pan y agua, y muchas veces en cuarenta horas no gustaba bocado, en reverencia de la Pasion de Cristo y por devocion de la Santísima Virgen